

REVISTA CADITANA.

Núm. 12.

Fragmentos.

Utilidad de la biografía.

Entre los varios ramos que comprende la historia general, ocupa un lugar muy distinguido la noticia de los escritores que florecieron en cada pais, y le dieron lustre con las producciones de su ingenio.

Tan interesante se ha juzgado esta parte de la historia, que ha merecido que se dediquen á dilucidarla en diversos tiempos y naciones, los hombres mas aventajados en talentos y doctrina: no hace á mi proposito enumerar aqui las obras de esta clase de que tengo noticia; pero sí será muy del caso observar, que, apesar de hallarse en ellas infinidad de investigaciones delicadas y provechosas, y muy varia erudición, apenas habrá entre tantas, una que raye en el grado de perfeccion que exige el cabal desempeño de semejantes obras.

Y si bien se considera, no es extraño que así haya sucedido: porque es tan grande y tan difícil de superar la dificultad que ofrece esta tarea, si ha de ejecutarse como lo exige la grandeza de su objeto, que mas es para concebida que para llevarla á cabo.

Para convencerse de esta verdad, bastaría solo fijar un momento la atencion en los infinitos puntos que abraza, y en la especie particular de utilidad que se propone.

En efecto: ¿cuanta constancia y cuantos desvelos son necesarios para registrar todas las bibliotecas que existen en un pais! Sacar del olvido en que yacian, infinitas producciones condenadas por la ignorancia á ser victimas del polvo y de la polilla, y finalmente, determinar con la mayor exactitud posible, los autores y la época á que cada una corresponde.

Investigaciones de esta clase suponen para su desempeño, muchos y muy varios conocimientos: y el escritor que tome á su cargo esta tarea, pue-

de considerar como muy bien logrado su trabajo, si consigue en el discurso de muchos años, acercarse á la perfeccion que pide.

Reunir todas las noticias relativas á los libros y á los autores: clasificarlos, colocando á cada uno en la época á que corresponde: distinguir, por medio de la sana critica, auxiliada con el conocimiento de las opiniones, costumbres y estilo peculiar de los escritores, en qué tiempos se compusieron las obras que corren en su nombre; son preliminares que han de servir de cimientos al edificio que se intenta levantar.

Acopiados ya estos materiales, empieza la labor mas prolija del entendimiento. La anterior tenia mucha parte de mecánica; pues, aunque como ya observé, exige un criterio muy fino, el señalar los tiempos y los autores de las obras, este se adquiere mas con el continuo manejo de los libros, que con la reflexion: no así la presente: pende toda de la sagacidad del ingenio y de la rectitud de la razon; porque consiste en sacar de estas noticias, la especie particular de utilidad que puede resultar de ellas.

El historiador que refiere prolijamente las vicisitudes de un imperio, se propone por término de su tarea, dar á conocer el corazon humano.

Observa al hombre en todas las situaciones de la vida; y del confuso caos de usurpaciones, sangrientas batallas y conquistas, saca las primeras nociones de la moral; porque determina, estudiando las acciones, los secretos registros que mueven al corazon; y conocidos estos, ofrece al filósofo medios para dictar máximas que los encaminen al bien.

No es ménos interesante el fin á que se dirige el que escribe la historia literaria. Del examen detenido de las producciones del ingenio se sacan infinitos materiales para la ciencia del entendimiento: en las obras que salieron á luz en la infancia de las letras, empiezan á vislumbrarse los primeros destellos de la razon, que envueltos en las nubes del error, apenas se perciben. Pasando de esta primera época á la inmediata, se echan ya de ver los adelantos de artes y ciencias, en la mayor cultura, é instruccion mas sólida que se observa en los escritores que entónces florecieron; y siguiendo así la marcha progresiva de la razon, aparecen todos los grados que ha tenido que pasar, hasta llegar, al en que hoy la vemos.

¿Cuántas reflexiones provechosas puede sugerir el estudio de esta escala, presentada con la perfección que merece su objeto! Las opiniones que corrían en cada edad, las costumbres, el idioma que se hablaba, y la altura á que rayaban las artes y las ciencias, todo se descubre en los libros que en aquel tiempo se escribieron: cotejando los de la primera época con los de las inmediatas, se percibe, no solo el adelanto que tuvieron las ciencias, sino el como adelantaron: se forma una especie de transición, que enseña el modo de proceder del entendimiento humano, en la senda del saber.

Los errores mismos son provechosos, mirados por este aspecto: enseñan á seguir el verdadero camino, mostrándonos cuales fueron los erróneos por donde se extravió el ingenio, queriendo buscar la verdad; la comparación del camino torcido con el recto, muestra la causa de los errores y el medio de adquirir los conocimientos verdaderos.

Y aunque no se sacarán de este estudio mas frutos que los que llevo enumerados, me parece que serían suficiente recompensa de las tareas del que á ellos se dedicase; pero aun hay otro que por ser peculiar suyo, merece especial atención.

Tal es el conocimiento del idioma patrio. Su origen se pierde en la oscuridad de los primeros tiempos de su existencia: nació de la mezcla de las lenguas que hablaban los bárbaros del norte, con el latín: la dominación de los árabes en España, influyó mucho en su formación.

Para deslindar, pues, el origen de las palabras, es menester examinar muy detenidamente los primeros códices y libros que se escribieron; en ellos se hallarán las voces tanto mas parecidas á los idiomas de que se tomaron, cuanto mas cercanas están á su origen. Partiendo de este punto, puede luego seguirse su filiación hasta llegar á la época presente. Además, muchas etimologías cuya razón estriba en hechos históricos, se aclararían con este estudio.

T. G. L.

BELLEZA IDEAL.

VENTAJAS QUE PROPORCIONA

EN EL USO DE LA VIDA.

Concibe la fantasía la idea de la perfección en todo género: la experiencia nos enseña que en ninguno existe.

Al que de los espacios imaginarios pasa al mundo real, se le figura que despierta de un profundo sueño. No hay bien de los que vió durmien-

do que no se convierta en mal; ni placer que deje de tornarse en dolor; conocido su engaño, se duele consigo mismo, de que los bienes sean sueños y los males realidades.

A despecho de su razón, se empeña en buscar en la tierra la perfección que le pintaron los poetas, desvariando en risueñas praderías con zagalas y pastores, y los filósofos forjando sistemas de moral, que pudieran ser útiles para el hombre, si al aplicar el sistema, fuera dable despojarlo de todas imperfecciones con que le formó la naturaleza.

Perplejo y dudoso, anda incierto entre el bien imaginario y el desengaño verdadero: quiere no ver lo mismo que se presenta á sus ojos, y dar realidad á las sombras vanas que le halagan; se aflige y siente mas el peso de la desdicha, porque probó, aunque en sueños, la felicidad. Causado al fin de buscar lo que no halla, vuelve en sí; se examina cuidadosamente, y á medida que va adelantando en el conocimiento de sí mismo, se disipan las tinieblas que le ofuscaban y se espican las contradicciones que le afligían. Presta oído á la razón que, con voz suave y tono apacible, le habla de esta manera:

"El atractivo del placer engendró el bello ideal en las artes y en las ciencias: fijamos la atención en aquellas cualidades de los objetos que mas agrado nos causan, y las desviamos de las que nos desagradan. Ninguno de los seres que conocemos es perfecto: su naturaleza se compone de la mezcla del bien y del mal: el entendimiento humano abstrae lo bueno que repartió la naturaleza entre varios objetos: con estos elementos, cada uno en sí perfecto, compone la idea de la perfección. La belleza, la verdad y la virtud perfectas no son mas que abstracciones formadas de este modo.

La poesía pinta con mil encantos la vida campestre; forma, con las bellezas que ofrece el campo, en flores, árboles y ríos, lugares deliciosos; coloca en estos lugares, ya de suyo tan halagüeños, hombres cuya vida inocente y costumbres sencillas completan el bello ideal de la dicha.

La filosofía imaginó, que el hombre podía alcanzar la perfección moral, porque adornan su alma algunas buenas prendas; compuso con ellas la idea de la virtud perfecta; y olvidando el como la había formado, se empeñó en que era posible su existencia. De aquí nació la secta estoica, que honra mas la imaginación, que la cordura de los que la inventaron.

Los descubrimientos hechos en las ciencias, lisonjean nuestro amor propio: contemplando lo que ha adelantado el entendimiento humano, nos desvanecemos; y deslumbrados con el brillo de las verdades descubiertas, se nos figura que no hay secreto en la naturaleza, por oculto y encerrado que se halle, que resista á nuestra inteligencia: mas luego que se reflexiona un momento, desaparece la ilusión. El hombre tan engreído con su saber, apenas se conoce así propio; y el caudal de ciencia de que tanto se vanagloriaba, no excede de un corto número de verdades, fruto de la observación de muchos siglos.

Tal es la realidad: la perfección es un ente fantástico. No hay en el mundo vida campestre como la describen los poetas: ni verdad como la conciben los filósofos: ni virtud estoica. Las miserias inherentes á la naturaleza, empañan el brillo de estos hermosos cuadros.

¿Cuál es pues la utilidad que puede sacar el hombre corriendo tras estas sombras vanas de perfección?

Mejorar su existencia: el deseo de saberlo todo, le pone en camino de descubrir lo que está á su alcance; la gloria de dominar sus pasiones, le dá animo para acometer empresas generosas; y á no ser por este noble anhelo, tal vez no adornarían las páginas de la historia, los nombres de tantos heroes ilustres, que sacrificaron la vida al amor de la patria. Hasta de las creaciones de la poesia puede sacarse mucho provecho: no hay hombre alguno que, leyendo la Eneida, no desee parecerse al piadoso Eneas. Este deseo es el primer paso para alcanzar el bien.

Si á la luz de estos principios se examinarán los diversos sistemas de moral que ha habido en

tiempos y países remotos, ¿no se vendría á parar á que, lo que tienen de verdadero, nace de que conocieron parte de lo que se proponían enseñar; y lo falso, de que dieron realidad á las abstracciones? ¿No sería obra muy interesante y curiosa ir separando, en cada uno de ellos, las verdades de los errores, y señalar la causa de estos y de aquellos?

T. G. L.

POESIA DE LAS COSTUMBRES

DE LA EDAD MEDIA.

Romanticismo.

Apesar del desorden que reinaba en la sociedad durante la época del feudalismo, no puede negarse que hubo virtudes en los hombres de entonces: entre estas se cuentan el valor, la hospitalidad, el honor, la frugalidad, la sencillez y la fidelidad: tambien es evidente que los azares á que en aquel tiempo estaba sujeta la vida, son mas adecuados para la poesia que la uniformidad y la regla de las costumbres presentes; y aunque esta ventaja no compense los males que afligieron á la humanidad, siempre debe tenerse presente cuando se intente apreciar con acierto el mal y el bien, que nos refiere la historia de siglos que, con tanto afán, se han estudiado de algunos años á esta parte.

Las virtudes mismas á la luz de la razón, pierden en parte el brillo que les dió el entusiasmo de los poetas.

La hospitalidad tan decantada de los señores feudales, si se considera como remedio ineficaz para suplir escasamente la falta de seguridad en que se hallaban los caminantes, por razón de las tropelias y despojos que solian practicar los mismos que les daban albergue, en vez de ofrecerse á los ojos del observador cual acción pura y laudable, aparece una consecuencia de la noción del

deber que, desconocida y vilipendiada por las pasiones mas odiosas y brutales, lograba que un momento se le prestase oído, y se le concediera una escasa parte de lo que reclamaba. Eran prodigios en verdad; pero qué mucho que lo fuesen, si usurpando el fruto del trabajo de multitud de infelices que vivían bajo su dominio, no tenían en qué gastar riquezas tan mal adquiridas? daban liberalmente á los peregrinos lo que costaba afanes y sudores á sus miserables vasallos.

Se celebra la sencillez de los bárbaros del Norte trayendo por prueba del horror con que miraban el artificio, el desvío que mostraron siempre á los romanos por las estratagemas que usaban en sus guerras: tal vez sería el no conocer ni poder por consiguiente practicar estas estratagemas, lo que les inspiraría el menosprecio que tantos encomios les ha valido. Sea de esta conjetura lo que fuere, siempre es evidente, que el derramar sangre y el talar reinos enteros no eran en su concepto, actos vituperables, puesto que, sus anales están llenos de proezas semejantes: tal vez su desden nacia de que no conocieron mas virtud que la fuerza: siendo así, atribuían lo culpable de la accion al modo de verificarse esta: si el guerrero usaba de artificio, merecia reprobacion: si vencía á viva fuerza, elogios: mas por ventura ¿el que uno se valga del ingenio y use otro del vigor de sus brazos, es parte para que una misma accion se tenga por odiosa ó laudable?

Atila, enriquecido con los despojos de sus conquistas, hizo gala de frugalidad en presencia de los embajadores romanos; se ha encomiado este rasgo de su carácter y casi se le ha pintado como un héroe, porque sabia tener á raya sus apetitos y ponía sus miras en la gloria de sujetar el imperio romano: mas por este sentimiento elevado y generoso, ¿se pondrán en olvido los estragos que hicieron las hordas que le acompañaron en su tránsito por Europa?

Eran fieles amigos, y tan fieles que la amistad de ahora parecería pálido reflejo de esta virtud, si se comparase con la que entonces se usaba; pero por desgracia, esta bellísima prenda del corazón se

ejercitaba en actos que la conciencia reprueba: por una extraña anomalía de nuestra naturaleza, una virtud, sublime inspiracion del cielo mismo, servía de instrumento para maldades que hacen estremecerse al referirlas.

Ciceron decía; aquella grandeza de ánimo, que se manifiesta en los trabajos y en los peligros, si carece de justicia, y se ejercita, no para el bien común, sino en propio provecho del que la posee, degenera en vicio: no solamente no es virtud, sino que mas bien es crueldad, que desconoce y rechaza el género humano. Así los estoicos definen la fortaleza una virtud que pugna con equidad: porque el ser fuerte en el vicio, es reprehensible en todas ocasiones.

Pero si los héroes de la edad media no lo son mucho, á los ojos de la severa razon, sus hazañas, su modo de vivir, y las prendas que en ellos descollaban, son manantial mas copioso para la poesia que los usos del dia. En esto entiendo que se funda su superioridad respecto de los que vivimos en la época presente.

La fantasia puede pintar con agradable colorido las acciones que la severa moral reprueba: el poeta mira mas el exterior que el filósofo, y así estos mismos caballeros, cuyas ideas y costumbres merecen tan rigida censura: son muy adecuados para las creaciones del ingenio.

Un guerrero armado de punta en blanco, que remite á su espada la satisfaccion de las ofensas recibidas, y que, á fuerza de valor y de constancia, vence cuantos obstáculos se oponian á sus intentos, una ciudad destruida por el hierro y por el fuego, mil infelices que inciertos entre las llamas y las espadas de sus enemigos, no saben que muerte escoljan; y unos soldados que desprecian los peligros y pierden de todo punto el ánimo, si algun fenómeno de la naturaleza se les figura señal de la ira del cielo, son objetos oportunos para lucir en ellos las galas de la poesia.

En las acciones que nacen del valor, hasta las circunstancias mas indiferentes á primera vista, hacen su papel en manos del poeta: no sucede así con las que proceden de la prudencia ó la previ-

oración, en su canto épico á las naves de Cortes destruidas, describió menudamente la gallardía y gentileza de los caballeros, sus pasiones pintadas en el semblante; y hasta de la hermosura y fogosidad de los callos sacó colores para sus cuadros: si á un poeta del día se le autojara descifrar un protocolo, ¿de donde sacarían los rasgos para sus pinturas? ¿caso de las mesas y los tinteros que había en el gabinete donde se juntaban los Embajadores ingleses y franceses?

¿Si las circunstancias que acompañan á una acción nacida del valor son poéticas, cuanto mas lo será la acción misma?

Cortes, arrojando su lanza á la nao capitana, es objeto tan copioso para el ingenio del poeta, cual es de escaso y deslucido M. Tilletand en el acto de firmar las avenencias entre los pueblos que acortó á conciliar su prevision política. No me meto ahora en averiguar, si el valor del capitán español fué de mas provecho para el linage humano que la prudencia del diplomático frances: esa cuestion corresponde á la política: yo trato solo de literatura.

Pudieran aplicarse á la venganza, la ambicion y la ira estas observaciones, multiplicando los hechos en que se funda la distincion que acabo de establecer: pero me ha parecido mas oportuno y fructuoso dar razon de la doctrina, que no dejar correr la pluma, enumerando prólijamente los ejemplos de que se ha acudido.

Las pasiones poéticas son aquellas que consisten en actos exteriores: las que dependen de actos interiores de la mente son ménos adecuadas para la poesia: los actos del valor son todos ostensibles, aparecen de bulto, el ingenio les presta su colorido; mas el cuadro, ó por mejor decir, los rasgos que le forman eran sensaciones: los de la prudencia son actos reflejos de la mente que no tienen por si cuerpo, y que han menester, como el rayo de luz, de un objeto intermedio para separar unos de otros los colores que en si tienen.

Obsérvese, que las pasiones y virtudes, que son actos interiores de la mente, si han de presentarse de manera que se acomodan á nuestra intelligen-

cia, han menester de formas corporales: la balanza de la justicia y el espejo con que pintaban los antiguos á la prudencia, confirman la verdad de mi observacion: todas las imágenes y alegorias se encaminan á este fin. De aqui infiero, que todas las pasiones que sean ostensibles por su naturaleza, no necesitaban como las otras de estos vestidos, que al cabo no son mas que la relacion de semejanza de una idea abstracta con un objeto corpóreo, y que son venas copiosas de poesia, porque en ellas todo es sensible: para encarecer los bienes del perdón de las ofensas, no hay mas medio que describir los estragos de la venganza: las operaciones intelectuales del prudente, que se abstuvo de tomar satisfaccion de los ultrages recibidos, son de suyo incapaces de pintar: hay que hablar de lo que no hizo para elojiar su resolucion.

Ademas, con las propiedades físicas tienen íntima conexión las virtudes ó prendas morales que he llamado poéticas; las otras no tienen que ver con ellas: la estatura, el vestido y la echura de las armas, son partes muy esenciales de la pintura de un valiente: repárese qué papel harian en estos accidentes, en la de un varón que descollase por su prudencia ó su prevision: ¿el que el sistema muscular estuviese mas ó ménos desenvuelto, ó que en sus ojos brillase la alegría ó la tristeza, serian parte para adornar estas prendas morales?

Los románticos, guiados por una especie de instinto, descubrieron que en los sucesos de los siglos medios habia encerrada mucha poesia; que las demasias de los caballeros, sus creencias superstitiosas y aquellos usos, que no conocieron los antiguos, presentaban las pasiones humanas que ya griegos y romanos habian descrito bajo nuevos aspectos; y que finalmente, de esos materiales podian labrarse obras que no fuesen frias imitaciones de los modelos de la antigüedad.

Hasta aqui van, á mi entender, en consonancia perfecta con la razon: si Aquiles invocaba á Júpiter y á Marte, porque en ellos creia; ¿qué motivo puede alegarse para que el Cid no invocase á los Santos del cristianismo? De las fábulas del paganismo sacaron Homero y Virgilio infinita poe-

DE LAS AGUAS MINERALES.

sia: los amores de sus Dioses y las aventuras que de ellos contaba el vulgo, de necias insulseces se convirtieron en bellísimos cuadros, que mas admiraran niénturas mejor se estudian. Creo que de las hadas y las brujas del tiempo aquel pudiera sacar el ingenio tanto jugo como sacaron los escritores de Roma, de sus sátiras y ninfas: sin embargo, no ha de creerse que se alcanza la celebridad, copian-do los estravíos de hombres eminentes; el mérito de estos no está en lo que erraron; sino en lo que hicieron con acierto: ¿Lope y Balbuena deben su gloria á los defectos ó á los primores de sus obras? Si algun amartelado suyo intentara elogiar, le es-cojería las bellezas y no los errores que se les des-lizaron de la pluma, por razon del tiempo en que vivieron, ó por otras causas que no es ahora del caso determinar: formaría la corona con los dia-mantes, no con las piedras toscas en que estaban engastados. En los defectos de los hombres de ta-lento se trasluce siempre un no sé qué de grandeza, que no deja duda del ingenio del escritor: sir-yan de ejemplo los conceptos mas estudiados de Góngora. En sus imitadores se echa de ver lo hue-co y vano de sus cerebros: quieren henchir una vegiga agujereada y el aire sale con la misma faci-lidad que entra: son micos que remedan los ade-manes humanos, sin acertar nunca á dar á sus ac-ciones el vigor y la energia que les comunican los afectos del corazon.

Con ser tan pernicioso este error de algunos escritores de escaso ingenio, aun no lo es tanto como la falta de moralidad que se alvierte en in-nchas de sus obras: porque describiendo vicios y pasiones odiosas, ha habido autores que han forma-do cuadros bellos, infieren que es lícito sacrificar, al gusto pasagero que se recibe leyéndolos, el deco-ro y la decencia. La belleza de imitacion cabe en todo: pero siempre será vituperable á los ojos de la razon, el escritor que haga semejante uso de las dotes de su ingenio: puede pintarse con suma pro-piedad una aventura obscena, y en este sentido habrá belleza en la pintura; mas esta belleza no quita al autor la mancha de inmoralidad.

TOMAS GARCIA LUNA.

Tiempo ha que los progresos de la química y la conocida utilidad del uso de las aguas minera-les exigen que el Gobierno, á imitacion de otros, proteja á los profesores de medicina y farmacia y los escite para verificar el análisis de las de la Pe-nínsula: en la que, si bien abundan, se ignoran sus cualidades y los resultados que podrá ofrecer su uso ú aplicacion, por no haberse examinado y dado á conocer los principios de que se componen en minuciosas y detalladas observaciones. Verdad es, que en medio del abandono en que, apesar de varias reales órdenes y del reglamento que se formó, se encuentra un ramo tan interesante de la mate-ria médica en España, no han faltado profesores ilustrados que, con sus escasos recursos, han hecho el análisis de algunas aguas minerales y publicado sus observaciones en la aplicacion de ellas á varias enfermedades. Dignos son de los mayores elogios porque, excitados tan solo por su amor al estudio y por el bien de sus semejantes, han contribuido con desinterés al adelanto de la medicina; pero hechas sus investigaciones entre las atenciones del egercicio de su profesion y sin los recursos neces-rios, no han proporcionado los conocimientos y la seguridad convenientes para propinar un medicamento tan enérgico.

Si ha de conseguirse toda la utilidad que pue-den prestar, si ha de recurrirse á ellas con con-fianza, preciso es saber las enfermedades en que puedan usarse las aguas minerales, y la aplicacion de sus efectos sobre la economia, conocer su poder, ora aplicadas en forma de baños, ora administra-das interiormente, y las virtudes del légamo en los enfermedades exteriores, y conocerlo como se co-noce el de los demas medicamentos, pues sin es-tos datos no es posible ordenarlas, ni dirigir su ad-ministracion, sin esponerse á errores de funestas con-secuencias; ni prestarán toda la utilidad que pue-den, por el temor fundado de los médicos y de los

enfermos, que no se atreverán á recurrir á ellas sino en los casos en que, una envejecida experiencia, ha demostrado sus incontestables virtudes; y aun así se ordenarán de un modo empírico, quedando en los otros, como ha dicho un ilustre profesor, para último y desesperado recurso de los médicos y de los enfermos.

Y esto sucede justamente respecto de casi todas las aguas minerales en nuestra nacion, en la cual, segun un curioso observador, ascienden á muy cerca de dos mil, y, segun otros, es tanta su abundancia que casi no se pasan diez leguas sin encontrarse alguna fuente ó pozo, cuya agua no pueda aplicarse útilmente en algunas enfermedades, ¿Y no es sensible que el Gobierno haya mirado y mire con la mas fria indiferencia un ramo tan importante, de cuyo adelanto depende el descubrimiento de medicamentos eficaces? Los esfuerzos de los profesores serán inútiles, por que nada puede adelantarse sin el análisis y sin penosas y constantes observaciones: por lo tanto, el Gobierno debe estimularlos, protegerlos y facilitarles los medios para las operaciones indispensables, y premiar á los que, celosos del adelanto de la medicina, presenten circunstanciadas observaciones, en que den á conocer las virtudes de las aguas, las enfermedades en que sea útil su uso, la temperatura y cantidad en que hayan de aplicarse, el régimen conveniente durante su administracion y despues de ella, y los accidentes que puedan sobrevenir con cuantas noticias y advertencias convengan, para que los médicos puedan ordenar con confianza un medicamento heróico, como lo son siempre las aguas minerales, cualquiera sea su clase.

Demasiado tarde por cierto, pensó en ello nuestro Gobierno y se formó y publicó el reglamento de 1828, reglamento que no podia proporcionar el apetecido objeto, porque en él no se estimula, protege y premia á los profesores, y que á mayor abundamiento, no ha producido ni aun el resultado que se esperaba, porque ciertas circunstancias lo han hecho mas ineficaz, quedando burladas las esperanzas de los médicos. En efecto, estableciéronse directores en varios baños, entre

ellos en algunos de los de menor importancia, mediando el favor en muchos de los nombramientos y no atendíendose al mérito probado en las oposiciones, y en los once años transcurridos no se ha publicado un análisis, ni las observaciones que acrediten la utilidad de las aguas y den á conocer científicamente el modo y la ocasion de administrarlas. Tal vez no hayan remitido sus observaciones á la Junta superior todos los directores que existen, que son pocos: pero algunos lo habrán hecho: y de creer es, cuando no han visto la luz pública, que las remitidas se hallen archivadas y cubiertas con el polvo del olvido, en tanto que se desea la publicacion de aquellos conocimientos topográficos, físicos, químicos y médicos de las aguas minerales examinadas con arreglo á la promesa que se hizo de publicarlos, con cuantas noticias útiles y curiosas resultasen para llenar por este medio uno de los mayores vacios de la materia médica en España, porque no es ni puede ser suficiente, ni con mucho, la descripcion de las propiedades físicas hechas en las memorias publicadas sobre algunas de las de mas nombradía.

De aquí el funesto abandono en que se encuentra en todo el Reino un ramo tan interesante, y la imperiosa necesidad de que el Gobierno fije su atencion en ello para que, reformando y mejorando el reglamento de 1828 y estimulando, protegiendo y premiando á los profesores, se analicen todas las aguas minerales, ó la mayor parte, y se publiquen las observaciones que estendien los conocimientos necesarios para el adelanto de la medicina, bien de los enfermos y utilidad de los pueblos en que existen esos preciosos productos naturales.

Y este abandono es mucho mas sensible en nuestra provincia que en ninguna otra, porque hay en ella muchas aguas minerales, algunas de nombre y celebridad y otras casi ignoradas. Entre las primeras, las de la fuente amarga de Chiclana son las únicas que están completamente analizadas, ignorándose, por no haberse analizado, muchas de las aplicaciones que podrian hacerse de las de

Paterna, Gironza, el Cuervo, Sanlúcar de Barrameda, Algar, Bornos y otras de varios pueblos, que beben los enfermos por el dicho de alguno, que han reconocido sus virtudes, y las preconizan con entusiasmo. De todas ellas, los médicos de los mismos pueblos, ó los de las cercanías, han examinado las propiedades físicas, y aun varias de las químicas; pero como carecían de los recursos necesarios, no las analizaron circunstanciadamente, y sus observaciones, aunque comunicadas á sus compañeros, no prestan seguridad para la administración.

La estinguida sociedad Médico-Quirúrgica de esta ciudad analizó las de Chiclana; mas sea por haber concluido, ó por no haber reunido el número suficiente de datos, lo cierto es que no se publicaron las observaciones que habrían enseñado con precision su uso, y facilitado nuevos adelantos. La academia de Medicina y Cirugía de la provincia, deseosa, como la que mas, de adquirir y facilitar los conocimientos que puedan contribuir al bien de la humanidad, se ha dirigido mas de una vez á la Junta superior, manifestando la necesidad de analizar las aguas minerales de su distrito y de proveer las plazas de directores: pero nada ha conseguido sino justificarse con los profesores, y convencer que no la es imputable lo poco que se adelanta en el conocimiento y aplicacion de estos medicamentos.

Sensible es, como se ha dicho, el abandono en que se encuentran las aguas minerales en esta provincia, con perjuicio de los progresos de la ciencia y de los intereses de los pueblos en cuyos términos se hallan; pero lo es de todo punto, que no se apure cuanto deba apurarse respecto de las de la fuente Amarga de Chiclana, cuyo uso se ha entendido tanto, cuya virtudes se han comprobado por la experiencia de muchos años y en cuya celebridad se halla tan interesada aquella Villa, por el bien que resulta á sus vecinos de la concurrencia á los baños. Como no se ha cumplido el reglamento de 1828, que se resiente, á mayor abundamiento, del espíritu de opresion que dominaba en todos los ramos en la época en que se formó,

como no pueden, segun él, publicar los directores sus observaciones, y si tan solo remitiéndolas á la Junta superior, y como esta ha mirado este ramo con tan estraña indiferencia, aunque hay un director en los baños de Chiclana, no se han publicado sus observaciones, ni se sabe lo que se haya adelantado sobre los anteriores trabajos, resultando por consiguiente, que los profesores se encuentran en una completa ignorancia respecto de las aguas de Paterna, Gironza, el Cuervo, Sanlúcar de Barrameda, Algar, Bornos y otras, cuyo uso podria ser utilísimo y muy eficaz en ciertas enfermedades, y que las de Chiclana, célebres dentro y fuera de la Península, no han sido objeto de tratados en que estensamente se den á conocer sus virtudes, y todos los usos de que sean susceptibles.

Efecto de esta misma indiferencia, de parte de la Junta superior y del Gobierno, es el mal estado de los sitios en que se encuentran las aguas, completamente abandonados y á los cuales no puede concurrirse con las precauciones convenientes á los enfermos y sin grandes incomodidades. Considérese lo malo del edificio de los baños de la fuente amarga de Chiclana, apesar de ser tan concurridos, de estar inmediatos á la Capital de la Provincia y de tratarse de unas aguas analizadas, mas conocidas que las demas, y á las que, en ciertas enfermedades, puede recurrirse con seguridad, aunque no se sepan todas las aplicaciones que podrian hacerse, por la falta de observaciones, y júzguese cual será el deplorable estado de los sitios ó parages en que se encuentran las otras, que no son tan conocidas, que no han sido analizadas, y respecto de las cuales no hay tanto estímulo, por no ser grande la concurrencia. Ningunas sin embargo, tan abandonadas como las del Cuervo, apesar de ser muy útiles en ciertos casos, y de que atraerian mayor concurrencia si se hallasen en otro estado.

Toca pues al Gobierno remover los obstáculos que se oponen al adelanto de este importantísimo ramo de la materia médica, reformando el reglamento de 1828, y haciendo que se cumpla y egecute para que, estimulados y protegidos los profesores, analicen las aguas y publiquen sus ob-

servaciones. Y la Academia medico-quirúrgica de esta provincia debe continuar sus gestiones para promover el análisis de las de su distrito, y la provisión de las plazas de directores con el Gobierno y la junta superior, en las que, es de esperar, que sea auxiliada por los Ayuntamientos de los pueblos, interesados en el examen y aprecio de las aguas de sus términos, y por la Diputación provincial y el Gobierno político, encargados del fomento de las ciencias y del cuidado de los intereses generales de los pueblos.

Teatro principal.

ROSMUNDA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS

DE D. ANTONIO GIL Y ZÁRATE.

Entre las mil tradiciones de la historia inglesa, hay pocas tan populares, y al mismo tiempo tan extrañas y fantásticas, como las que hacen relación á la hermosa Rosamunda (*the fair Rosamond*). En el condado de Oxford, en Woodstock, se conservan todavía las ruinas de una torre donde, segun las leyendas antiguas, es fama que tenía encerrada á su célebre concubina el Rey Enrique II, para libertarla de la venganza y del furor de la celosa Leonor de Guiena su legítima esposa.—Con tal arte habia hecho construir este castillo, semejante al laberinto de Dédalo el prendado Monarca, que no era posible penetrar hasta donde se hallaba la bella cautiva sin el auxilio de un hilo, y este hilo, cuentan los romances de aquella época, que no le soltaba de sumano el Rey Enrique II. Halló sin embargo, la resentida consorte, medio de penetrar en la torre, y refieren que dió licada suelta á su encono: lo que no es de extrañar en una princesa como Leonor, que, después de haber incitado á sus propios hijos á que se rebelaran contra el Rey su esposo, acaudilló, en mas de un encuentro, el ejército de los sublevados.—Y todo esto aconteció en una época harto agitada; en el triste periodo que medió entre las reyertas con la Santa Sede y los anatemas de Tomás Becket, y la expedición de Ricardo Corazon de Leon á la Tierra Santa.

Tal es la tradición que ha puesto en escena,

con algunas modificaciones, el Sr. Gil y Zárate, literato de singular mérito, conocido por varias producciones del género clásico, principalmente la comedia *Un año después de la Boda*, y la tragedia *Blanca de Borbon* y no ménos por su drama *Carlos el Hechizado*, arreglado en un todo al gusto de la escuela moderna.

Rosmunda fué representada por primera vez, y con grande aceptación y aplausos, en el teatro del Lizeo de Madrid. El público de Cádiz la ha juzgado con harto mayor severidad, si hemos de dar crédito á las muestras de desaprobación que dió al caer el telon, al fin del tercer y del cuarto acto.

Sin entrar á examinar las razones de que haya podido nacer tan notable divergencia, entre los juicios del uno y del otro público, y separándonos de la general costumbre de hacer un largo análisis del argumento, apuntaremos ligeramente nuestro juicio sobre el mérito del drama.

Es evidente, que el autor de Rosmunda ni ha querido observar en su drama los preceptos clásicos, ni adoptar las formas que han solido dar á los suyos los mas modernos escritores: y supuesto que ha intentado crear un género nuevo, ó por lo ménos establecer un justo medio entre los dos conocidos, parece natural averiguar si ha logrado lo que pretendia, que debió de consistir en evitar los inconvenientes y exageraciones de ambos extremos, aunando sus ventajas, como suele ser el objeto de los fundadores de *terceros partidos*, así en literatura como en política.

Séanos pues permitido detenernos algun tanto en señalar una de las principales diferencias que median entre ambas escuelas, ya que no la han dado por lo comun, toda la importancia que debieran, los críticos que se han ocupado de la trillada cuestión de *clásicos y románticos*.

Cada género dramático, del mismo modo que las demas composiciones literarias, tienen sus condiciones, de que no es lícito prescindir, por no decir reglas, puesto que es idea corriente, aunque desacertada, que no las admiten los escritores de la escuela moderna, llamados comunmente románticos. El cuadro de costumbres es, á nuestro entender, una de esas condiciones necesarias é imprescindibles del drama histórico. Y la razon es bien fácil de concebir.

Cuando no ha de usar el autor dramático de mas resortes que de los afectos eternos del corazon humano, cuando se contenta, por ejemplo, con describir los esfuerzos terribles de la ambición, ó los ardores del amor, ó la inquietud de los celos, bien está reducir la accion de una tragedia al simple desenvolvimiento de las pasiones del protagonista. Que vistan túnica y manto, ó que cubra su cabeza el yelmo ó el turbante, importa poco. No es el Romano, ni el Musulman, ni el Paladín; es el hombre, el hombre cuya naturaleza no varia, y en cuya alma arden en todos los siglos las mismas pasiones, el que ocupa la escena en las

tragedias del clasicismo, y por eso no han necesitado sus autores de dar á conocer los usos ni las tradiciones de la época que escogían. Se ha dicho y con razon, de *Rojana* y de *Britanico*, y de *Brenice*, y de *Clitelmestra* y de *Orosman* y de *Merope*, de todos los personajes en fin de *Racine* y de *Voltaire*, que mas que Griegos, ni Otomanos, parecen franceses y franceses de la corte de Luis XIV. Pero como ha de rebajar esta critica en un solo punto, la fama que han logrado estos grandes escritores, cuando no era su mente describir las costumbres de un pueblo, sino la indole y los afectos de la humanidad?....

Si el clásico autor de *Mitridates* hubiera ajustado con mas exactitud su tragedia á las costumbres de los Partos, á sus creencias, y á sus tradiciones, por cierto que su obra hubiese sido poco entendida y probablemente silvada. Por fortuna, no es el *Mitridates* de *Racine* el Parto conquistador de la historia, sino el ambicioso guerrero de todos los tiempos y paises.

Pero los escritores, llamados todavía románticos en nuestro pais, cuando ya se ha echado en olvido esta denominacion en otras naciones, no se contentan con poner en escena esas pasiones y esos caracteres, que son comunes á todos los siglos y á todos los climas. Revisten ademas con especial esmero á sus personajes, con las propensiones, con los hábitos, con las creencias de la época en que vivian. Arreglan sus argumentos á las tradiciones, á las leyendas, á los romances, y á las crónicas. El hombre de sus dramas, que se llame *Wallenstein*, ó *Concini*, ó *Cromwell*, seria un personaje absurdo si se les supusiera colocados en el foro de Atenas, ó en el Serrallo de Constantinopla, ó en la Isla de París. No son como los hombres de todos los tiempos, no son como los que hoy dia vemos y tratamos: son exclusivamente los hombres del siglo y de la nacion en que vivieron. Para conocerlos y apreciarlos, y para comprender los personajes de la edad media y el drama en que son protagonistas, es necesario por tanto, tener alguna idea de las creencias que daban aliento á sus almas, de las preocupaciones que ponian obstáculo á sus miras, del pueblo que les sirvió de instrumento, ó de la corte que los admiraba, de la sociedad en fin de que estaban rodeados. Para esto sirve el cuadro de costumbres: medio de que han usado en sus dramas históricos, con mas ó menos frecuencia, *Schiller* y *Goethe*, en Alemania; *Victor Hugo*, de *Vigny*, y *Dumas* en Francia; y en nuestra España, entre otros, *Hannemusch*, el Duque de *Rivas*, *García Gutierrez*, y el mismo *Sr. Gil y Zárate* en su drama de *Carlos el Hechizado*. Y que no se puede menos de hacer uso de este recurso en este genero de producciones, lo acredita el ensayo que ha hecho en su *Rosmunda* este distinguidísimo literato.

El *Sr. Zarate* ha imitado á los escritores de la nueva escuela, ajustando la intriga de su drama á una de las tradiciones historicas de la edad media, acomodando las mas interesantes escenas, y el ca-

rácter de sus personajes al espíritu de los romances, ó *baladas*, como en Inglaterra se dice, y de las crónicas contemporáneas.

Ha seguido rigurosamente el precepto de las unidades clásicas, presentando aislados á los principales personajes, (los demás figuran tan solo como confidentes, no para manifestar sus ideas ni las de su época, sino para evitar la inverosimilitud de los monólogos), y demudó á la accion de los incidentes que pudieran hacérsela concebir á los espectadores, familiarizándolos con el carácter, y las ideas, con el colorido en fin, de aquellos tiempos.

Ha nacido de aquí, que el público se sorprende no solo con el desenlace, sino con el resultado de cada escena, y aun casi con cada una de las palabras que los actores pronuncian.

Este resultado ha sido mas visible, y se ha notado mas en el final del tercer acto, que en las demás escenas de *Rosmunda*. Está esta parte del drama escrita con la sencillez estremada de las leyendas: de tal manera que parece estar ovendo una baulada ó una critica. Está encubierta la concepción de *Henrique II*, que es en el drama una honesta doncella, bajo las cortinas del régio desvel, y cuando la ultrajada *Leonor*, creyéndola muerta, desahoga su despecho, diciendo:

Mas no imagineis permita

Que su frente por mas tiempo

Esa corona profane

(Que por mola en ella le puesto.

Rosmunda, tomando la corona que tiene al lado, exclama.

¡Por mola! Mira jervera

Que entre mis manos la tengo

Y tiénta mucho el guardarla:

No apures mi sufrimiento.

Todo esto que, como acabamos de decir, es muy conforme á los recuerdos de la época, ha parecido á la generalidad pueril y ridiculo.

En cuanto á los caracteres es seguro que no se han concebido bien, en la primera representacion, los motivos que hacen vacilar á *Rosmunda* entre sus dos amantes: no se han podido conciliar estas vacilaciones, que tienen las apariencias ridiculas de la coqueteria, con el profundo amor que profesaba al Monarca. Se ha estado que se desasen engañar con tanta facilidad y frecuencia todos los personajes: Arturo, el Rey, su esposa, &c. &c. En cuanto á la bebida narcótica, es un medio dramático con que no tienen familiaridad los autores de *Julietta* y *Romeo* (*Shakespeare*) y de *Catalina Howard* (*Dumas*) y por esta razon no ha parecido extraño. Los mas severos, le han tachado por el contrario, de vulgar.

Tampoco se ha comprendido el desenlace. Ha asombrado ver abrazados al Rey y á su esposa, después de tantas y tan graves motivos de enconadísimo odio.

Enrique ha visto á su amada *Rosmunda* y á Arturo, arrodillados á los pies del altar, recibiendo las bendiciones de un sacerdote. En aquel mo-

mento ha sentido en su alma todo el furor de los celos: ha desenvainado un puñal.... ha estado á punto de cometer de un solo golpe un asesinato infame y un sacrilegio horrible... Puede pues apreciar la fuerza de tan terrible pasión y compadeciéndose á la celosa Leonor ha dado ya un grande paso para perdonarla....

Del estilo dirémos lo mismo que del argumento del drama: hay ocasiones en que los recuerdos clásicos se apoderan en un todo de la mente del autor: entónces no solo el metro, sino las frases, los giros, las imágenes, todo es un reflejo de las tragedias clásicas españolas de los primeros años de este siglo y fines del pasado.

Por la postrera vez oigo tu acento,
Guarda siquiera de infeliz amante,
Cual de ti guardaré dulce recuerdo:
Y pues quiso la suerte separarnos
Nunca al olvido nuestros nombres demos.

Estos versos del drama, que pudieran adoptar sin escrupulo Cienfuegos ó Huertas, parecen dirigidos por el autor, como una despedida al género en que escribió sus primeras obras.

Otras veces adopta el Sr. Zarate la fraseología de Antony, de Hernany y de los demas dramas modernos.

ROSMUNDA.

Perdona....

ARTURO.

Aparta, muger,

Maldita seas mil veces,

¿Es este el premio que ofresces

A mi constante querer?

En ciertas ocasiones imita con felicidad el Sr. Zarate á nuestros antiguos dramáticos.

Y ¿que es ver en derredor

Pensiles mil, cuyas flores

Encantan con sus colores

Y embelesan con su olor?

De Woodstock el parque umbroso

es joya de la Inglaterra

y tiene fama en la tierra

por lo ameno y delicioso.

ROSMUNDA.

¿Qué importa si su espesura
en laberinto intrinca-lo

mas que con muro doblado

á quien encierra asegura?

Ni el que está fuera, en su centro

logra nunca penetrar,

ni aun ménos puede escapar

quien llega á mirarse dentro;

que en larga inútil carrera

después de giros sin cuento

vuelve loco y sin aliento

al punto de dō partiera.

Hemos copiado estos versos, no ménos para celebrar su belleza, que para notar una inexacti-

tud histórica, ó de erudición, si se quiere, y lo harémos aunque sea con peligro de pasar por sobrado escrupulosos. El laberinto donde tenia guardada el Rey Enrique á Rosamunda, no era un parque, ni un bosque, como lo fué el de Dédalo y como lo da á entender en estos versos el autor del drama: consistía en la misteriosa arquitectura de un castillo(*), al rededor del cual hicieron mas adelante un hermoso parque para la caza, otros monarcas posteriores. El laberinto consistia, segun un escritor ingles muy conocido, en una série de bóvedas arqueadas, con paredes de piedra y de ladrillo, que se cruzaban en diversos sentidos, y en medio de los cuales era mas que difícil dejara de perderse quien se aventuraba á penetrar en ellas.

Nos reservamos hablar de la ejecución para cuando sean ménos susceptibles nuestros actores.

Lo que si harémos, antes de mucho, es escribir otro artículo, dedicado á referir varias anécdotas y leyendas de la época extraordinaria en que se supone que vivió *Rosmunda*, ó *Rosamunda* como otros escriben. Podrán servir, si no estamos engañados, de justificación y de apologia al argumento de este drama.—J. J.

APLAUSOS

EN LA ULTIMA REPRESENTACION

del Castillo de San Alberto.

Cuerpo de mí! ¿Qué tiene que ver mauosearme el rostro, con la resurrección de esta doncella?..... Encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante... Muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hánla de resucitar y hacenme á mí veinte y cuatro mamonas &c.

CERVANTES.

En la primera representación del Castillo de San Alberto obtuvo la Sra. Baus estrepitosos y re-

(*) Puede verse la introducción de Woodstock, novela de Walter Scott.

En una nota de la HISTORIA DE INGLATERRA por Mackintosh, hemos leído estas palabras, copiadas del Monasticon:—"Huic puellae spectatissimae (Rosamunda) fecerat rex apud Woodstocke cameram, operi Dedalino similem &c. &c."

Dispénsennos nuestras lectoras el latin, y el autor la escrupulosidad nimia de esta observación.

petidos aplausos en varias escenas del drama, y muy señaladamente en el acto segundo y en el tercero. Lloraron las sensibles espectadoras de la cazuela, las de los paleos, tan distraídas de ordinario, las mismas que, al concluirse una comedia, suelen haber recorrido y registrado con sus bióculos todos los sitios del teatro, ménos la escena, estaban conmovidas y atentas; y hasta se enternecieron los corazones nada blandos de la infantería y de las lunetas. Y mientras todos se enternecían y aplaudían y lloraban, solo uno, solo un malhadado escritor de la *Revista Gaditana*, encontró exagerado y digno de censura lo que había parecido á la generalidad, en sumo grado excelente y digno de alabanzas.

Llegó el Domingo: el escritor de la *Revista* escribió su artículo de teatros, y dijo, en mala hora, y aun debió de ser para espacion de sus pecados, que era de distinta opinion que el público. *¡Puede irac!* Y no se contentó con pensarlo, sino que lo dijo de este modo en su artículo del Domingo.

Así pues, de un lado el público y una actriz hermosa y con estremo recomendable: del otro un escritor. Las fuerzas no eran iguales..... Pero supuesto que no siempre tienen razon los mas fuertes, ¿quién era el que en este caso la tenía de su parte?

Llegó la noche, empezó la segunda representación del drama, y la Sra. Baus recitó, en los primeros actos su papel, de un modo distinto, completamente distinto, demasiado distinto del de la primera noche.....

¿Por qué tanta variacion? Acaso por desquite, por enojo de la censura templada y urbana del escritor de la *Revista*?

Eso no puede ser.—¿Pues qué, había de querer la Sra. Baus, que espíase el público la injusta severidad de un escritor? Que nos castigase á nosotros si hubiera estado á su alcance, pase: pero ¿á los espectadores? Y si tal hubiera creído el público, ¿cómo había de haber aplaudido á quien le hacía purgar las culpas ajenas? Mejor le hubiera estado lamentarse como Sancho, cuyas palabras hemos copiado á la cabeza de este artículo!

Era pues, lo probable, ó bien que la Señora Baus había llevado su obediencia y su humildad demasiado lejos, queriendo seguir el consejo, ó que, á efecto de una susceptibilidad excesiva, se hubiese desalentado y desanimado con la censura. De uno ú de otro modo era justo aplaudirla, ó para darle aliento en su desmayo, ó ya para hacer justicia á su modestia.

El público la aplaudió é hizo bien: jamas hubo aplausos mas unánimes. Uno la aplaudieron por los recuerdos de la primera noche; nosotros por su enmienda en la segunda: estos por lo que hacía: aquellos por lo que dejaba de hacer. La Sra. Baus fué muy dichosa! ¡Dio gusto á todos!

Ahora, despues de hechas estas aclaraciones, no estará de mas que le digamos á la Sra. Baus,

lo que á nosotros, tristes escritores, nos parece de los juicios del público.

Es el público un juez muy respetable, tanto para los escritores como para los artistas... muy respetable por cierto.... á pesar de su aficion conocida á la Pata de Cabra.... á pesar de lo mucho que se divierte con la cadena del Tío Vigorito.... á pesar de lo no poco que se entusiasma con la muerte de fray Froilan Diaz, en Carlos el Hechizado... y de algunos otros deslices que seria ocioso añadir.—Pero sin embargo los respetos que se merece, estamos decididos á rebelarnos algunas veces contra sus fallos.

Y para explicarle la razon que tenemos, nos permitira la Sra. Baus que le pongamos algunas comparaciones.

Supongamos en primer lugar, que nosotros, oscuros literatos de provincia, tuviésemos la humorada de darle un consejo á un poeta de nombradía. Por ejemplo, que le dijésemos al Señor Gil y Zárate, á propósito del mencionado final de excelente drama de *Carlos el Hechizado*, que la muerte del *pobre confesor* es un borron nada corto, en una obra de mérito tan señalado.—Supongamos tambien, que el Sr. Zárate, con aquella modestia que solo tienen los grandes artistas y los literatos distinguidos, hubiese accedido á nuestro consejo, dejando vivo á Fray Froilan Diaz, y que se hubiera puesto en escena el drama con esta oportunísima corrección.—Se nos figura que estamos viendo al público de la infantería, y aun de algunas otras regiones ménos democráticas del Teatro, impacientes, por ver llegar el momento del mas popular y mas aplaudido de cuantos asesinatos han puesto en escena los autores antiguos y modernos. Se nos figura verlo descontento, irritado, desesperado, furioso, pedir á una sola voz, con gritos, con palmadas, con golpes, la muerte del desgraciado fraile. Se nos figura que estamos viendo á la autoridad municipal puesta en grave apuro, por la corrección del autor y la exigencia del público, dudosa é indecisa sobre si hará, ó no tremolar el deseado pañuelo blanco, y si mandará ó no que *maten al detestado confesor de Carlos II.*

Y sin embargo, puede V. creer Sra. Baus, que no sería tan mal consejo el de suprimir esa escena de uno de nuestros mejores dramas.

Supongamos ahora otro caso distinto.—El Sr. Gil y Zárate en vez de ser un hombre ilustrado y un literato distinguidísimo, como lo es sin duda, podría ser un actor adocenado, mas solícito de los aplausos estrepitosos de la multitud, que buen apreciador de las censuras razonadas y justas.—Supongamos que no contento con dejar el drama tal como está, con sus bellezas innegables, y con los defectos que le dan popularidad, se prendase de ese género de desenlaces tan aplaudidos, de esa especie de resortes dramáticos tan populares, y condenase, allá en su mente, á muerte á todos los

traidores y malvados de sus obras dramáticas futuras.—Démos por cierto que siguiese recogiendo grande cosecha de palmadas. ¿Cree la Sra. Baus que colocaría en este caso la posteridad al Sr. Zárate en tan alta estimación como le está sin duda alguna reservada?

Bien es verdad que no hay apenas posteridad para los actores: sus obras, á diferencia de las de los demás artistas, desaparecen en el mismo momento en que acaban de ser aplaudidas, sin que quede el menor rastro ni vestigio alguno de ellas, por grande que sea su perfección, su celebridad y su mérito.—Rócio, Talma y Maizeux no han dejado como Herrera, como Murillo, como Cellini, edificios, ni pinturas, ni relieves que puedan servir de fundamento al juicio de las generaciones venideras.—Pero aun cuando no tiene un actor más jueces que sus contemporáneos, no por eso le han de servir de brújula los aplausos de la multitud.

La multitud aplaude siempre los grandes esfuerzos de voz y de acción, y las entonaciones exageradas, y no es este por cierto el camino por donde han llegado á la celebridad los grandes artistas del Teatro.—Las transiciones bien preparadas, las entonaciones oportunas, las graduaciones difíciles y delicadas, ese claro-oscuro de la declamación, esas mediastintas, que son la última maravilla del arte, y al par la inteligencia profunda del pensamiento del autor, tales son los medios de que se han valido los grandes maestros para conseguir su nombradía. Bien es verdad, que estas prendas son harto difíciles de reunir, al paso que es muy fácil acentuar con exageración, el tono de la ironía.

Si fuera una actriz adocenada la Sra. Baus, no nos hubiéramos detenido á hablar de ella, ni para elogiarla, ni para deprimirla. Tal vez hubiésemos apuntado algunas frases equívocas, algún elogio semi-irónico y habríamos pasado adelante.

Señal es lo que hemos hecho de que la tenemos por la gala de nuestra escena.

Podré seguir ó no seguir nuestro consejo: á darlo no nos mueve otro interés que el que nos inspiran el arte y la reputación de una actriz recomendable, no ménos que por su belleza, por su mérito. Así pues, cuando el autor escribe—Guillermo de Flavy—pronuncie ¡Guilleerrmooo..... de..... Flaavyy!!! si le place.... Eso es fácil y no le faltará quien la aplauda.

J. J.

BOLETIN.

A LA SEÑORA BAUS.

Quando con los mejores deseos nos resolvimos

á dar un consejo á la Sra. Baus, no tuvimos otro objeto que facilitarle los medios de conseguir un triunfo completo: pudimos muy bien habernos equivocado al señalar las causas de la frialdad de los espectadores en la primera representación del *Castillo de San Alberto*; pero nunca creímos que se enfadase con nosotros y, lo que es más, con el público que, inocente de todo, no era seguramente nuestro Ministerio responsable. Este hecho, en caso de ser cierto, probaría dos cosas á la vez: que la actriz está muy mimada, y que el público de Cádiz es muy indulgente. No hemos sido nosotros los que hemos contribuido ménos á mimarla; porque jamás hemos tomado la pluma, ni desplegado los labios, sino para decir algo en elogio suyo: ¿pensará la Sra. Baus, que porque lo hicimos alguna vez, tenemos obligación de repetirlo siempre: ¿será acaso que se crea infalible! si tal es, se equivoca mucho. Debe tener presente, que ejecuta bien ciertas comedias como *la Niña Boba*, y hace muy malos otros como *Margarita de Borgoña*; hemos citado estas dos mas como tipos que como ejemplos. Cuando le hemos oído la primera, la hemos elogiado, cuando hemos asistido á la representación de la segunda nos hemos callado: tiene mucha razón la Sra. Baus, hemos sido parciales, hemos sido injustos: pero ¿podemos hacer mas que confesar nuestro error, y proponernos la enmienda? Por de contado, que si se ha puesto de mal humor es porque su susceptibilidad le ha impedido entender nuestro artículo, convirtiendo en reprehensión lo que solo era un consejo amistoso. ¿A qué se reduce ese furioso anatema, que según dice, hemos lanzado contra ella? á que se esfuerza demasiado, se fatiga mucho, y traslada esa fatiga al espectador con menoscabo del efecto dramático ¿y por qué? no por tener pretensiones infundadas, no por pura vanidad, no por creerse que lo puede todo; sino por deseo de agradar; ese es el único cargo que le hicimos, después de haber protestado que no la culpábamos: por eso le dijimos que, cansada del acto 3.º, se quedaba en el 4.º y 5.º *fria y agotada*, y esto es verdad, y tanto, que apesar de no haber exagerado mucho el Domingo, le sucedió lo mismo que el Jueves.

Este ha sido el motivo que ha tenido la Sra. Baus para enfurecerse y pegarla con lo que estaba mas á la mano, con el público, que ha sido su buen Juan en esta ocasión, y por eso no representó, sino recitó los dos actos primeros; deslíz que tuvieron cuidado de poner en relieve ciertos galanes aficionados, corriendo de una luneta á otra, y repitiendo en todas *¡ve V. lo que han conseguido los señores de la REVISTA; que no representante hoy! ¡Nos han dado la noche!*

La Sra. Baus nos ha tachado de injustos y de parciales; lo sentimos en extremo; pero nos aprovecharemos de la advertencia, y en prueba de ello, vamos á escribir otro dia un artículo largo y razonado, que dedicaremos á juzgarla con impar-

cialidad: confesamos que hasta el presente solo hemos buscado lo que nos agrada y nos parece bien; olvidando, y hasta no apercibiéndonos, de lo malo. Tal ha sido siempre nuestro interés hacia ella! Por eso no podrémos escribirlo desde luego, porque necesitamos oírle diez ó doce piezas dramáticas de géneros y escuelas distintas, para apoyar nuestro juicio en hechos recientes que lo justifiquen.

Advirtiéndoselo con franqueza, le demostramos nuestra buena fé y nuestra imparcialidad. — M. M.

DIALOGO

COPIADO DE UN LIBRO VIEJO.

—Si señor: la han echado á perder!! la han matado!! Si no saben lo que es representarl!! Eso es hablar de lo que no se entiende!!—

—¿Y está V. cierto de que lo entiende?—

—Amigo, yo.....—

—V. tiene una voz muy sonora. — V. imita mas que medianamente á algunos actores de nombradía. — Ya V. ve que no se puede ser mas justo. — Pero como la diversidad de pareceres recae ahora sobre el sentido de algunas escenas y sobre la verdadera intencion del autor..... como esta puede decirse que es una cuestion literaria..... no le estarian á V. de mas algunos conocimientos..... Mire V., eso se adquiere pronto..... Puede V. empezar por recordar el alfabeto..... luego, un poco de ortografia..... alguna cosa de gramática no le está á nadie de mas: ni aun á los abogados..... luego.....—

—Pero hombre, yo soy un aficionado!!!!—

—¡Ah!!!! eso es otra cosa!

(Remitido.)

La siguiente anecdota de la Emperatriz Josefina está traducida de las *Memorias de una moneda de cien sueldos*, escritas por el distinguido literato LUIS DESVIGES, y publicadas recientemente en Francia, con singular aceptacion y aplauso, por la *Caricatura y el Siglo*.

Una americana.

Josefina era la mas encantadora de todas las criollas. Reunía todas las prendas de las que han nacido en aquellos climas abrasados: la gracia, la puerilidad eterna, la dulzura, la sensibilidad,

la bondad, la abnegacion momentánea, la alegría, mezclada á veces con una languidez melancólica, y no le faltaba ninguno de los defectos, no poco agradables, que suelen acompañar á estas prendas. La indiferencia, la desigualdad de carácter, la insaciable necesidad de emociones nuevas, el olvido de lo pasado, el amor esclusivo de lo presente, el desprecio del porvenir, una deliciosa ignorancia, una voluntad ardiente, pero variable, las manías, la fantasia, los caprichos.

Todas las criollas tienen deudas y Josefina era la mas criolla de todas las criollas.

Una de las primeras atribuciones de un marido, ya sea primer Cónsul, ó Emperador, ó Agente de cambios, es seguramente la de pagar las deudas de su mujer. ¿A no ser para esto de qué habia de servir?

Bonaparte, que comprendia tan bien el matrimonio, como que fué el que estableció el divorcio, no podia desconocer las consecuencias financieras de esta union dulce y poética, de donde debe nacer una mútua proteccion contra los dolores y las deudas de esta vida.

Se enfadaba algunas veces; pero pagaba.

Mas adelante necesitó millones para pagar á los acreedores de su mujer; pero entónces con doce mil francos tenia bastante. Todo es empezar, como dice el proverbio, y especialmente en lo que concierne al amor conyugal, el cual, habiendo necesariamente de concluir, debe por lo mismo empezar. Solo Dios y el celabato pueden ser eternos.

Sucedió pues, que un dia, el marido de las Tullerías, habia entregado á su mujer una cantidad de doce mil francos para que pagase algunas cuentas de la modista, y á las vendedoras de flores, de ropas y de perfumes. Figuraban en ellas algunas partidas de mil y quinientos francos por las agujas, y mil doscientos por la pomada consumida en un solo trimestre.

Esperaban los interesados en la antecámara el resultado de las negociaciones, que habia sido preciso entablar con el marido.

En aquel momento solicitó un hombre el favor de hablar á Josefina, apoyándose en la recomendacion eficazísima de ser su paisano.

—¿Y qué me quiere? preguntó ella.

—Quiere, respondió la primera camarista, poner á vuestros pies sus respetos y una jaula. Si es menester renunciará á lo de los respetos: en lo que tiene empeño es en lo de la jaula. La jaula es de oja de lata y, segun dice, tiene dentro una media docena de pájaros rarísimos, que os ha traído expresamente de la Martinica.

—Pájaros de la Martinica! ¡Compatriotas míos! ¡oh qué dicha! exclamó Josefina. ¡Es menester comprarlos! ¡Al momento! ¡Al momento!—

—El precio, replicó la camarista, me ha parecido que esee le algun tanto del *máximum* fijado por la República francesa para los pájaritos de esta clase.—

—¿Pues cuanto quiere?—

—Quiere doce mil francos con la jaula.

—Es un poco caro.—

—Que!—No! prorumpió Josefina, la cual, en el primer momento, hubiera dado su trono futuro por una redoma de peces encarnados que se le hubiese antojado tener.

—Doce mil francos!—Eso es dado, sobre todo con la jaula. Es imposible encontrar pájaros de la Martinica mas baratos.

Estas últimas palabras dan á conocer á la gran Señora y á la criolla, que es tanto como decir, á muchos millares de mugeres: la gran Señora que no sabe y aparenta saber; la criolla que, aunque sea á su costa, quiere humillar á la Metrópoli con el inmenso valor de los mas simples productos de su país.

—Que le den los doce mil francos, añadió Josefina, con un tono poco apropiado para dar lugar á nuevas objeciones.

Volvió bien pronto la camarista, en compañía de los seis pajaritos de á dos mil francos por cabeza, salvo el valor de la jaula. Josefina, al verlos, saltó de alegría, empezó á dar palmadas con sus manos, y lloró enternecida con las dulces memorias que le recordaban.

—¿Qué bonito! exclamó. Así son los pájaros de mi adorada Martinica! Mirad que bonitos! Toma! Toma! Toma!

Eran dignos aquellos volátiles de semejante estasis: eran chiquitos; pero preciosos. Su plumaje estaba matizado con los mas brillantes colores. Tenían unos el pico, las patas y las puntas de las alas doradas. Estaban otros engalanados con extraños dibujos. Estos tenían la cabeza peinada con un penacho plateado. Aquellos eran tricolores, como debían serlo los buenos volátiles de aquella época.—

—Me se olvidaba decirlo, añadió la camarista, que ese hombre ha recomendado expresamente que no se les ponga ni una gota de agua. Esos pájaros no beben nunca. Les horroriza el agua. Como que es para ellos el veneno mas violento!—

—Es verdad, replicó Josefina, que continuaba haciéndose la entendida. Si los pájaros de la Martinica son así! Me acuerdo perfectamente.—

—Encarga ademas ese hombre, repuso la camarista, que se tenga cuidado de avisarle, así que alguno de esos pájaros pierda alguna pluma, algun adorno, alguno de sus mas delicados matices. Eso querrá decir que el pájaro está enfermo; pero el vendedor se encarga de curarlo.—

—Todo, todo como en la Martinica, exclamó Josefina.—

—Por último, ese hombre me ha dado las señas de su casa, dijo la camarista: vive en la calle de los Gorriónes.—

—¿Qué buen sugeto! Decidle que tendré mucho gusto en verle y en pagarle la dicha que me proporciona. Asegúradle que le protegeré á el y

á los suyos. Informáos tambien de su muger y de sus hijos y haced que le lleven de mi parte algunos regalos, vestidos ó encajes, ó plumas, ó toquillas ó dulces; cualquier cosa. Todo lo mio está á su disposición.

Durante los dos dias que siguieron á esta escena, conservaron los volátiles todo su esplendor. No se menearon del cuarto de Josefina, la que no cesaba de admirarlos. Esta distracción la hizo olvidarse de todo; hasta de componerse; pero al fin, al tercer dia, como era de gala, hubo que llevarlos á un cuarto de los mas retirados. Este destierro los perdió.

Cinco minutos despues, su inconstante paisana los habia olvidado completamente por unas pulseras, y entregado á los cuidados mercenarios de una mera sirvienta. Y vaya V. á hacer caso del favor de los Grandes!

Esta muger no estaba al corriente del sistema higiénico que, segun parece, les es necesario á los pájaros de la Martinica. Vió que los pobres pajarillos arrastraban las alas, abrian un pico tamaño y piaban lamentablemente. Creyó que era efecto de la sed y se apresuró á colocar en la jaula una gran taza llena de agua. Apenas hubieron visto el líquido los supuestos hidrófobos, cuando se metieron en ella con la misma prontitud que lo hubieran podido hacer unas ranas, que hubiesen estado mucho tiempo en seco. Pero ¡oh maravilla! á medida que mojaban en el agua sus alas, se iba el agua cubriendo de tintes encarnados, de tintes azules, de tintes verdes, de tintes tricolores: cubriase de plumas doradas, despojos brillantes que se paseaban sobre aquel pequeño Océano, como los restos de una flota despues de un gran naufragio. En cuanto á los pájaros, habian recobrado su natural alegría, al mismo tiempo que se habian desdorado sus picos, perdido el color sus patas, y que su pluma se cubria de unos matices grises y negrozcos, que hacían poco honor á la ornitología de la Martinica.

La pobre muger empezó á gritar desahogada: la alarma fué general! Acudieron todos: se fué en busca del vendedor; el vendedor no pararía, y por último, para no contristar su vista con el espectáculo de sus degenerados compatriotas, hizo Josefina que les diesen libertad en el jardín de las Tullerías, donde se echaron á volar, en compañía de sus antiguos camaradas, los habitantes de aquellos altos castaños.

No le desagradó, despues de todo, á Josefina, el desenlace de su compra. Los grandes placeres tienen su reacción inevitable. Desde el primer dia, se habia fastidiado de sus paisanitos, y no habia continuado adorándolos al siguiente, sino por respetos humanos. ¿Qué sería ahora que tan feos estaban? Pero una inconstancia, por ligera que sea, no se confiesa nunca, ni aunque sea un pájaro la victima. Disimuló y se consoló de esta contrariedad á costa de la imprudente criada.

—Vos teneis la culpa, dijo: teneis la culpa

de todo. Hubiérais debido tener presente que no se trata de ese modo, ni se les pone agua, á unos pájaros tan raros! Digo, ¡a pájaros de la Martinica!

Las personas que estaban presentes no podieron dejar de sonreírse al oír estas últimas palabras. Cada uno dijo para sí:— ¡Qué! Serían gorriones pintados con cola!— Pero nadie se atrevió á decirle esta verdad tan desagradable á la mujer del primer Cónsul.

Mr. de Talleyrand, que estaba presente, conoció que el Imperio estaba próximo, y en esta inteligencia arregló su conducta. En cuanto á los acreedores que dejamos en la antecámara, esperando los doce mil francos, prometidos á su impaciencia, ¿qué se había hecho de ellos? ¿qué se había hecho de estos honrados vendedores de tocados, pomadas y agnias? Los he echado en olvido para no ocuparme sino de los gorriones de la Martinica; pero no es culpa mía. ¡La augusta deadora había hecho otro tanto!

—Se cree haber descubierto el secreto de los domadores de fieras; cierto médico que había concurrido al circo olímpico decía, que por medio de una operación quirúrgica, que obra sobre la columna vertebral de los animales, y que toca también á la médula espinal, se ha llegado á enervarlos de tal suerte, que la extrema debilidad de sus ancas y de sus patas paraliza su fuerza, y solo conservan las apariencias de su ferocidad. En efecto, los animales de *Martin de Van-Ambourg*, y de *Carter* parecen débiles, y cuando no están echados, buscan un punto de apoyo que los sostengan. Dicha operación quirúrgica los hace muy pequeños, y les impide vivir mucho tiempo.

AVISO A LOS SORDOS.—*Curacion pronta y radical de la sordera mas inveterada.* El doctor *Turnbull*, de Londres, acaba de inventar, segun aseguran los periódicos ingleses el *Times* el *Estándarte* y el *Correo*, un remedio para curar la sordera, por inveterada que sea, y aun la de los sordomudos de nacimiento, con tal que el órgano auditivo no esté enteramente cerrado por algun crecimiento huesoso contra natura.

Se han hecho repetidas curaciones en presencia de muchos miembros de la cámara de los comunes y de varios profesores, literatos y artistas. Mas de 40 sordos han sido curados á presencia de esta asamblea. El doctor *Turnbull* ha hecho desaparecer sorderas de 40, 20 y 25 años.

La curacion se hace por medio de un linimento compuesto por dicho doctor, y que produce en un momento todos sus efectos. La operacion es tan sencilla y tan pronta que, el doctor *Turnbull*, ha curado 140 y 150 sordos por dia, segun asegura el periódico *Europeo*. Otro periódico añade haber visto curados muchos sordos inveterados, entre ellos algunos sordomudos, que oían el latido de un reloj á mayor distancia que las perso-

nas que no han sido sordas. Es curioso, verdaderamente, añade el *Europeo*, oír las primeras palabras de los sordomudos curados; pues es tal su inteligencia, que aprenden las expresiones y frases mas usuales en muy pocas semanas.

Nos aseguran que en la próxima semana se pondrá en escena la tragedia de nuestro colaborador D. José Lorenzo Figueroa—*ISABEL DE LA PAZ*,—aplaudida con nunca visto entusiasmo en el teatro de Sevilla.

En consideracion á las circunstancias políticas del momento, que absorben completamente la atencion de todos los ánimos, hemos procurado aumentar en estos últimos números la amenidad del periódico, consagrándolo muy especialmente á asuntos que reúnan el recreo con la instruccion.

Desde el punto en que se hallen terminadas las presentes circunstancias, recobrará nuestra REVISTA su gravedad acostumbrada, sin dejar por eso de insertar novelas de los mejores escritores extranjeros, ó originales de nuestros colaboradores, artículos de teatros, variedades &c....

Mientras tanto, nuestro colaborador el Señor Riquelme se ocupa en escribir un artículo de *MÉCANICA PRÁCTICA*; el Sr. Portilla termina un trabajo detenido sobre *EL ESTADO DE LOS CAMINOS EN ESTA PROVINCIA*; el Sr. Larrabia otro artículo sobre *LAS CIENCIAS FÍSICAS Y MÉDICAS*; el Sr. Aherán nos ha ofrecido dos, uno sobre la *BOLSA DE MADRID*: otro sobre la *LAGUNA DE JANDA*; el Sr. Bermúdez, nos ha prometido una *NOVELA DE COSTUMBRES*; el Sr. Amblard, analiza la obra acreditada de Mr. Alleiz sobre *LA DEMOCRACIA NUEVA*; el Sr. García Luna continuará su examen de *NUESTRA LEGISLACION PENAL*; el Sr. Lorente seguirá publicando su serie de artículos sobre las comunicaciones entre Jerez y el Puerto.

También se insertará en los primeros números del mes próximo, una exposición de los principios sociales y económicos de esta REVISTA, además del análisis de varias obras, como la de *ECONOMÍA POLÍTICA*, recién publicada por Mr. Rossi, *LOS ESTUDIOS PRÁCTICOS DE ADMINISTRACION*, del Sr. Silvela &c. &c.

Los primeros números contendrán un artículo sobre los Montes de piedad de nuestro colaborador Don Leonardo Talens de la Riva.

Un artículo de D. Rafael Sánchez con este título:

UNA CACHERIA EN EL COTO DE OÑANA.

Varios artículos de los Sres. Bermúdez, Cabestani, Zaldeta, Flores, Retortillo, Figueroa, Villaranda &c.

CADIZ.—EN LA IMPRENTA GADITANA DE PICARDÓ, CALLE DE LA COMPAÑIA, NÚMERO 86.